

pan una Antilla como quien se merienda un *sandwich* ó un *cake*?

* *

Ellos, los insurrectos, que estaban entre bastidores y conocían las bambalinas perfectamente, ¿habrán dado crédito nunca á la *novela amarilla*, forjada de mancomún por los filibusteros y los yankis? ¿Serán como el niño, que arma un espantapájaros ó un pelele, lo tizna de carbón, lo arrima á la pared, y luego huye despavorido, chillando, de miedo á su propia obra?

Obra suya es, en efecto, la historia de las simpatías yankis por los infortunios cubanos, historia que ha dado la vuelta al mundo. Así como nosotros (pero en serio; nosotros somos así) nos hemos decidido á una guerra por mantener incólume nuestro honor, aunque se llevase el diablo el territorio, la hacienda, el ejército, la marina, la industria, el comercio, la prosperidad nacional y otras bicocas, los yankis adoptaron desde el primer día la actitud de la caridad y la compasión, aparentando que un sentimiento y sólo un sentimiento basta á imponer tan grave decisión como la de lanzarse á la guerra internacional casi por vez primera en su historia. Y ahora, cuando ya es imposible encubrir la hilaza, he aquí que los mismos que vieron tejer y ayudaron á tejer la trama burda, se dan por ofendidos y por resentidos. ¿Os creáis beligerantes? Yo os trataré como á bandoleros. ¿Esperabais que yo os instalase en las plazas expugnadas por mis cañones? Antes dejaré que sigan administrando los funcionarios de la nación enemiga. ¿Servisteis de pretexto, de medio, de escabel? Afuera, de un puntapié desdenoso.

* *

He dicho en otro lugar que la guerra contra España fué incubada artificialmente por cierta prensa energúmena que hoy florece en los Estados Unidos, y añadí que esta misma prensa ha difundido, no ya en Norte-América, sino en el mundo entero, innumerables ejemplares de una novela por entregas que se deja atrás á la colección de Ponson du Terrail, pontífice de los inventores descabellados. Bien saben los editores que tales novelas son las más leídas; que una narración inspirada en la verdad y de selecta forma literaria jamás conseguirá llegar á las masas, las cuales, aquí como en Pekín, se van dócilmente tras de la ficción sin pies ni cabeza.

En el novelón propagado por la prensa amarilla España desempeña sucesivamente el papel de traidor, atormentador, follón y malandrín, opresor de andantes doncellas, dinamitero y verdugo. No faltará quien entienda que Europa se encogió de hombros, y que la novela como novela se ha tomado. Pues no hay tal cosa: la credulidad patrocinó lo que empujó la malicia, y esa idea siempre fantástica y peregrina, de falso color local, que de España forma el mundo, adquirió nuevos matices y revistió aspectos nuevos: ya no fué España la gitana ó la flamenca que se hace rajas bailando y meneando las castañetas — con que reemplazó los leones de nuestro escudo el bueno de Chatfield Taylor, — sino que volvió á ser el tético inquisidor que lleva la carga de leña al quemadero de Fuencarral, ó destila la gota de agua sobre la cabeza de sus víctimas. La novela amarilla, en su género basto, nos hizo un daño incalculable: sublevó contra nuestra causa la imaginación y la sensibilidad de Europa: nosotros, ciertos de lo absurdo de la patraña, ó no hicimos caso ó soltamos la risa, y nuestro mutismo no se tomó á menosprecio de inocente, sino á silencio y confesión tácita de culpado. Las naciones, lo propio que los individuos, guardan indeleble la mancha de la calumnia.

Si la tristeza que se apodera del ánimo al coordinar ciertos datos permitiese humorísticos alardes, podríamos suponer cómo titularía Ponson du Terrail las diferentes partes de la interminable novela amarilla. Es verosímil que los títulos se asemejasen á estos: *La fiesta de sangre ó la maldición de España*. — *El tigre castellano*. — *Los hambrientos de Occidente*. — *Las heroínas cubanas ó los redentores de Evangelina*. — *Los subterráneos de Barcelona*. — *La dinamita, ó la bahía fatal*. — *Un fanático*. — *Los mutiladores*...

* *

¿Verdad que es digno de nota el caso de un pueblo en que se organiza por sistema el embuste difamador contra otro pueblo? ¿Forma de *delito colectivo* que se le olvidó á doña Concepción Arenal! Me apresuro á reconocer que no todo es inventado en la novela amarilla; sólo que la verdad está allí como la

historia en las obras de Alejandro Dumas; tan desfigurada y alterada, tan vestida de máscara, que no la conocería la madre que la parió. Negar que en las luchas coloniales españolas se han cometido barbaridades, equivaldría á negar que han costado sangre, dinero y disgustos. Repetir una vez más que tales demasías las impone la fatalidad del estado de guerra, parece una perogrullada. Insistir en que el enemigo las cometió mucho mayores, que ahorcó, incendió, forzó, taló é hizo saltar trenes..., olvidado de puro sabido. Insistir en que otras naciones, y los Estados Unidos los primeros, no procedieron de distinto modo cuando, verbigracia, invadieron la Georgia y la Carolina del Sur, y se apoderaron de Atlanta..., fastidiosos que no nos lo repitan. Sólo que, de todos estos lugares comunes, que á nuestra viveza meridional repugnan y hastían, las pesadas razas del Norte no se han enterado aún; y las románticas *spinters*, que forman el *tercer sexo* británico, creen de buena fe que sólo los españoles, estos fieros y crueles descendientes de Pizarro, Almagro y Cortés, llevan la iniquidad hasta el extremo de no disparar con melocotones confitados, y no obsequiar con *pudding* á los prisioneros incendiarios, facinerosos, asesinos y espías.

* *

Por si alguien se figura que los títulos atribuidos á los tomos de la novela amarilla son caprichosos advierto que, verbigracia, el primero figura al frente de un folleto en lengua inglesa que me han enviado de Nueva York. *La maldición de España* es, en concepto del folletista, los toros. Por los toros estamos fuera del concierto de las naciones civilizadas, y Cristo, nuestro *Lord*, no puede mirarnos con buenos ojos; que si nos dedicásemos á reventar costillas á puñetazo limpio, de mejor concepto gozaríamos en la corte celestial.

En cuanto al episodio de las heroínas cubanas, puede leerse, ilustrada con retratos, en la amena *Revue des Revues*. Pero, sin género de duda, el más *rocambolésco* de la serie es el tomo que intitula *La bahía fatal*. Todo aficionado á las emociones peculiares del género reconocerá la *manera* del maestro sensacionista, en esa historia de bahía surcada por minas y contraminas, rellena de explosivos, que una mano artera, de noche, misteriosamente, va á poner en contacto con el buque yanki. Se parecen como dos gotas este relato y el de las fazañas de Rocambole en pro de los fenianos, allá en lo hondo del Támesis... ¿Quien le dijera á Cervantes que á estas alturas habían de resucitar los libros de caballerías, con sus lagos subterráneos, con sus encantos y desencantos de princesas, y resucitar, no en la literatura solamente, sino en la política y la guerra internacional?

Nadie vuelva á incurrir en la bobería de creer que estas consejas no nos hacen daño, que estas bufonadas no se vuelven tragedias. Aparte de la sombra que proyectó en nuestro horizonte el *Maine*, recuerdo que era por este tiempo, el año pasado, cuando tan á menudo venían á caer sobre mi mesa impresos de todas clases — como, por ejemplo, el libro de Tarrida del Marmolo, — en que se consagraba á las Erinas ó Furias la magna cabeza que poco después atravesaba certero balazo. En el atentado del 8 de agosto el matador fué anarquista, el impulso filibustero y *amarillo*; y los novelistas del otro lado del Atlántico debieron de frotarse las manos viendo reproducirse ese fenómeno singular de sugestión, tantas veces registrado por la historia. Los lugares varían, el procedimiento es el mismo: con un predicador puritano truene desde el púlpito contra la reina de Escocia, ó que un periodista como Rochefort, haciendo la causa filibustera, señale á las venganzas anarquistas el jefe del gabinete español, el resultado es el crimen político.

Abierto ya de par en par el templo de Jano; encendida la guerra, los novelistas amarillos no han querido descansar; su último y repugnante engendro es el episodio que titula *Los mutilados*... A bien que rectificó el almirante yanki. La menos dañina de las trapisondas amarillas fué la que supongo que se llamaba *Un fanático*; el maquinista español á bordo de un buque enemigo; sorprendido dicho maquinista al intentar volarlo, y fusilado en circunstancias altamente dramáticas y pintorescas. Se afirmó, se desmintió, se afirmó otra vez..., y como nunca faltan imaginaciones fecundas que ayudan á los novelistas de oficio, un periódico de mi tierra averiguó que el patriota fusilado era gallego, fijó el punto de nacimiento, hizo su biografía y le dedicó una oda pindárica... Después quedamos en que jamás había existido.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA NOVELA AMARILLA

El desprecio y la indiferencia con que nuestros vencedores tratan á sus aliados los insurrectos cubanos, es el único consuelo, la única nota agradable que para nosotros ha surgido en medio de la interminable serie de calamidades y de reveses que nos agobian. Somos como el hombre ultrajado y vendido por una mujer, que experimenta cruel alegría al ver á la perjurá maltratada, desdeñada y humillada por el mismo á quien sacrificó su honra y su reposo. ¿A qué negarlo? Si los yankis causan daño é infligen mortificaciones, no á Cuba, sino á los insurrectos que con tal rabia y tal saña han maldecido de nuestro nombre y de nuestra dominación — á pesar de llevar en las venas nuestra sangre y en el abolengo nuestros apellidos peninsulares, — será para nosotros alegría, alegría profunda. ¿Qué habían creído esos necios? ¿Que en el día á nadie se le importan los males de nadie — y doy por supuesta y reconocida la existencia de los males de Cuba, — si en remediar esos males no hay un interés egoísta, un interés directo y positivo? ¿No han visto á Polonia hecha picadillo? ¿Se han olvidado de Creta, de la Grecia toda? ¿No nos ven á nosotros, metódicamente aplastados por los yankis, prensados como la uva en el lagar, pulverizados como el grano de trigo bajo la muela, sin que las famosas «grandes potencias» hagan caso ninguno de nuestros clamores, y eso que, al parecer — sin que intentemos penetrar en los abismos de la diplomacia, — su cuenta les tendrá poner coto á la voracidad de los tiburones del Atlántico, que se zam-

No si
no siemp
no todo
tante de
por hoy
preocupa
al fin y á
no hay c
fijo el co
Lo cie
la vida c
neario d
te el otr
— Emili
pera el
español
verdade
mananti
con dor
pensami

Obsé:
que es l
denigra
brema l
están er
frente d
necesita
Mondán
tes la go
y de alt
visto en
cuencia
gases ca
piritu, y
teria.

Los
llanse e
facilita
to, acal
jo al m
digerir;
y lo cre
do de e
y seca,
lirón, e
del terc
cinio, s
individ
su cere
el pobr
nio ult
Gon
Diario
mos, t
escribe
senta c
pero al
quito c
racteri
ser inh
El esté